

ROSINA LA DE PARRONDO

Era época otoñal y en una cabaña de la braña de Is, Bernardo y su abuela Adelina, cuando el tiempo lo permitía, les gustaba salir fuera a hacer una pequeña hoguera para asar castañas ya que era la época, y acompañarlas con natas vaqueiras y farañas de centeno, mientras contemplaban el ocaso del sol con las nubes poniéndose rojas y el cielo oscureciéndose poco a poco. Era todo un espectáculo.

-Abuela, yo tengo veinticinco años y siempre te vi igual que ahora ¿sabes cuántos años tienes?

-Ay hijo, no sé; desde que pasé de noventa, dejé de contar. Tú me ves igual, pero cada vez me duelen más los huesos, creo que no pueden más por mi peso. Para el año que viene ya no podré subir a la braña, me quedaré en Llaneces . A ti te conviene ya casarte y tener hijos, encontrar una buena mujer y hacer una familia como manda la tradición. La vida del vaqueiro es muy dura y necesitas ayuda.

Nardo, que así le llamaban, cuando la abuela se retiró a dormir, contempló la silueta oscurecida de los montes y el cielo estrellado como si fuera la primera vez. Pensaba en su madre que había fallecido cuando él sólo tenía cinco años, y también pensaba en su padre y sus dos hermanos mayores que se habían marchado para Argentina. Se preguntaba si verían el mismo cielo y la misma luna, que por cierto estaba saliendo y hoy tocaba llena. El paisaje se fue transformando en otra maravilla, como si volviera la luz en blanco y negro. Los cencerros de las vacas transmitían a la braña un remanso de paz relajante. Pensó en el día de mañana, que tenía que ir al molino y era conveniente levantarse muy temprano.

Fue a descansar y ya metido en la cama, oyó los sonidos de animales salvajes, entre ellos aullaban los lobos y eso le hizo pensar en su ganado. Las vacas resguardadas todas en la cuadra que tenían en la parte de abajo de la cabaña, las cabras y ovejas en el corral cercado que había adyacente junto con los dos perros mastines que las cuidaban continuamente. La abuela roncaba. Todo estaba en orden.

Al día siguiente a las ocho de la mañana, cuando la abuela se levantó, Nardo ya había ordeñado las vacas, soltado el ganado menudo y estaba desayunando para irse.

- Buenos días hijo, ¿qué vas a hacer hoy que te levantaste tan pronto?

-¡Buenas! – contestó mientras masticaba. - Voy al molino de Pumarín. Hay otros más cerca, pero ése hace una harina muy fina. Llevo dos arrobas de maíz y una de centeno; mientras se vaya moliendo, iré a la pequeña ermita de los Remedios que está allí mismo a rezar por mi madre y pedirle que nos proteja.

Aparejó dos yeguas, una con carga, la otra para montar y seguidamente se encaminó ladera abajo.

Mientras la abuela lo veía alejarse, pensaba en el chico tan bueno que era y qué sería de él si ella faltaba; sabía que saldría adelante, porque era muy fuerte y buena persona, todo el mundo lo ayudaría en caso de necesidad, pero aún no quería dejarlo solo.

Por el camino Nardo se paró un instante a saludar a unos amigos y después atajando por un desfiladero que pasaba cercano al pueblo de Villar de Castanedo, enseguida llegó a la ermita de los Remedios, continuando por un camino que iba en paralelo al río. Allí enfrente estaba el molino de Pumarín. Siempre le había gustado mucho este lugar, por aquel árbol impresionante que tenía al lado, su construcción de piedra, el techado con losas y el salto del agua que le hacía subir la voz. Esto hacía un lugar mágico en el que se respiraba mucha calma.

Atada a una anilla de la pared, había una mulilla moviendo la cola, aparejada y con una fardela blanca. A los pies del gran árbol estaba una chica sentada. Se miraron y cuando ya estaban cerca se saludaron cordialmente. Ella se puso roja como un tomate.

-Hola.-saludó Nardo.

- Hola.- contestó ella.

-Veo que el molino está cerrado, ¿estás esperando?- preguntó Nardo.

-Acabo de llegar, vengo de Castanedo y me han dicho que si el molino estuviera cerrado, es porque el molinero sigue enfermo y que yo misma lo ponga a funcionar, pero no sé como arrancarlo, tiene varias muelas y cada una es para un grano diferente.

Nardo hinchando el pecho le dijo:

-No te preocupes que yo vine muchas veces y sé cómo va esto. ¿Qué traes tú?- le preguntó mirando hacia la mulilla.

-Traigo una arroba de centeno. ¿Eso no tarda mucho en molerse no?

-Una hora aproximadamente.

¿Qué le pasaba a Nardo? No podía retenerle la mirada, el corazón empezó a palpar más fuerte. Él, que tan animado era en las fiestas cuando había mozas que enseguida se ponía a decir refranes y a bailar, ahora con esta chica empezaba a tartamudear. Respiró hondo e intentó disimular. Era una nueva emoción que nunca había sentido.

- ¿Cómo te llamas?

- Me llamo Rosa.

-Yo me llamo Nardo Parrondo. Soy de Llaneces, a una hora de aquí. ¿De dónde eres tú?

-Soy de Villayón, pero estoy en Castanedo cuidando de una tía que está enferma.

-¿De qué familia eres de Villayón?, conozco muchas brañas.

-De los Gayo. Mi padre es herrador posiblemente lo conozcas y mi madre de los Gancedo de Valdés.

-¡Claro que conozco la herrería y a tu padre! ¿Sois muchos hermanos no?

-Pues somos nueve, cuatro niñas y cinco niños. Yo soy la primera y ya tengo diecinueve años. A menudo mis padres me repiten que tengo que casarme, que si paso de veinte años no me va a querer nadie.

Cuando ella hablaba, él la miraba de soslayo, nunca había visto una chica tan linda. Tenía una entonación de voz suave con movimientos muy femeninos y una sonrisa preciosa, con su pelo recogido en una coleta larga. No podía resistir la mirada de sus ojos negros.

-Bueno. Pues vamos a la molienda que tenemos para un buen rato.

Ella le miró de arriba abajo, dudando si meterse en un molino con un chico sin conocerle, pero le daba la impresión de ser buena persona. Tenía la cara un poco asalvajada, debía de ser por la barba y el pelo largo. Debajo del gorro vaqueiro sus ojos eran como dos esmeraldas verdes que enamoraban y estaba moreno de andar por las brañas. Llevaba la camisa blanca un poco desabrochada, chaleco negro y una faja bien apretada. Se apeó de la

yegua de un salto, demostrando así su destreza.

Entraron en el molino y él ya tenía claro qué muela era la del maíz, la de moler el centeno o trigo en el medio, y la muela de quitar la cascarilla a la escanda en el otro lado; así que primero echaron el grano y dando a la palanca de madera que eleva la compuerta, las muelas empezaron a girar y la harina a salir sin parar. Ella le miraba cada vez más cautivada.

En el molino hay harina y la harina se pegaba a ellos igual que la atracción que sentían. Entre molienda y molienda se contaron cosas de sus vidas, ella le dijo que no sabía bailar y el muy contento le explicó cómo se bailaban las vaqueiradas, las dancitas, el redibuxu, la jota vaqueira, lo agarrao, etc. Se reían de cómo cada vez más se embadurnaban. Como él se reía de ella, de cómo estaba de blanca, ella le tiró harina para que él también blanco quedara. Cantaron y recitaron vaqueiradas de picardías. Cuando acabó la molienda, se morían de risa de cómo estaban, así es que bajaron al río y con un pañuelo de ella se limpiaron cariñosamente.

Dejaron la maquila correspondiente para el molinero y se fueron juntos hasta el cruce de caminos que los separaba. Un abrazo inocente fue la despedida, a él la testosterona le aplastaba el cerebro y no podía decir nada, ella tenía la cara sonrosada. Prometieron verse muy pronto. A lo lejos todavía se miraban, ella para Castanedo y él para la Braña.

Nardo se desplazó a Berducedo a comprar una guadaña. Paró en el bar de Angelón pero no le quisieron servir nada, decían que estaba sucio y cuando ya se marchaba, oyó una voz cobarde que le insultaba. Ya la había oído otras veces, era la de Xinto y sus amigos que desde dentro del bar le decían que volviera con las pulgas y los piojos a las brañas. Nardo miró para ellos con la cara desencajada, pero prefirió ir para casa. Tenía el tiempo justo para llegar y atender las vacas. Por el camino iba alegre y fue cantando vaqueiradas:

*y de la tenóbia abaxu,
al saltar vit'el refaxu
per'ái, per allá baxu .”*

*o era rubia, qué mas da.
Tenía los gueyos oscuros
o clarinos, dame igual .”*

*y una pita me cazó.
Ahora tengo un güevu
menos,
no me vale ya el calzón.”*

Tenía muchas ganas de hablar con su abuela y hacerle alguna pregunta.

-Abuela, hoy en el molino me encontré con una chica que dice que es hija del herrero de Villayón, de la familia Gayo. ¿Los conoces?

-Cómo no los voy a conocer si un hermano mío estuvo casado con la hermana de la madre de Etelvina Gancedo, que es la mujer de Parrondo el herrador, son de lo mejor de Valdés.

¿Por qué me preguntas eso y cuántos años tiene esa chica?

La mujer que a sus noventa y tantos era más lista que el hambre, se lo preguntó con un ojo abierto y otro guiñado, mientras hacía unas natas para cenar.

-Me dijo que tiene diecinueve y es muy graciosa, la estuve enseñando bailes vaqueiros y no paramos de hablar, es diferente a otras chicas que conozco.

-¡Ay Dios hijo! Dame una alegría antes de ir con tu abuelo. Cásate rediós.

-Jajajaja. - Las risotadas de Nardo hicieron que bramaran las vacas.

El invierno comenzaba a cubrir todo de blanco y los pastores de alzada, dejaban las brañas y bajaban a los pueblos donde nevaba algo menos, tenían los hórreos a rebosar de comida y los pajares repletos de hierba para las vacas.

Era época de disfrute, de celebrar la abundancia cosechada, de las historias y cuentos, de los cantares y bailes, y de ir de casa en casa para hacer más llevadero el duro invierno.

Después de las grandes nevadas, en marzo la primavera estalla. Las flores brotan como si nada, como si fuera magia, el agua corre que corre, los pájaros cantan y Nardo piensa que piensa, recordando a la rapaza, en su risa tan graciosa, en sus ojos de gitana, en sus movimientos alegres, en su aroma y en su cara. Nada, que se pasó el invierno atontado hablando con las vacas.

Se empiezan a oír los cencerros como música lejana. ¡La armentía comenzaba! Unos suben con chirriantes carros uncidos a las vacas.

Suben con las casas a cuestras, con el gato, con el perro, con los cerdos, ovejas y cabras. Algunos hasta suben las camas y las brañas se llenan de animales y de gentes que vienen de tierras bajas. Regresa el pastoreo, las fiestas por las brañas, los terneros de las vacas braman, regresan los aguerridos vaqueiros a los que llaman de alzada.

Ese año la abuela ya no subió a la braña, se quedó en el pueblo. Decía que estaba vieja y agotada. Nardo triste y desesperado sólo piensa en su amada, la siente dentro del pecho pero no veía nada, fue a Castanedo pero allí no se encontraba.

Era San Miguel de mayo, miró por el ventanuco y ya empezaba a clarear la mañana, la neblina en el valle, el sol en las montañas. En un momento atendió todas las vacas, ensilló el semental negro, que ese sí que volaba, y salió como huyendo por las cumbres, y por las brañas a todos los que iba viendo les preguntaba.

A Villayón llegó antes de media mañana, estaban haciendo misa, los xaldos para delante y los vaqueiros a la espalda. Era una vieja costumbre que no les gustaba nada.

Pero enseguida vio una gran melena, la reconoció por la espalda. Se quedó allí parado y cuando acabó la misa todo el mundo se saludaba. Estaba lleno de gente pero él sólo la miraba, y cuando ella giró y le vio se le transformó la cara, fue corriendo a darle un beso y todavía estaba más guapa.

El sacó sus castañuelas y bailaron toda la santa mañana. A la hora de comer y como era la costumbre, a toda su familia le presentaba. Ahora podían decir que eran novios pero sin roces ni nada, que una hermana de ella les vigilaba.

Fueron de romería en romería, y así iba pasando el verano hasta la fiesta en Pola de Allande, la fiesta del avellano. Ella fue con las amigas y con un vestido de lino blanco, estaba más bonita que nunca cuando se movía bailando; pero en esto Xinto fue y la agarró por el brazo, le decía palabrotas y la seguía molestando. Ella se giró y le dijo:

-Me estas molestando, yo quiero al hombre que me trate bien, que sepa pastorear vacas y catar con ambas manos, que sea muy trabajador y sepa segar prados, que sepa plantar patatas y berzas, y hacer cabañas de teitu, que sepa hacerme un rebaño de hijos y que no sea xaldu, que sea vaqueiru.

Nardo que vio como la molestaba cuando llegaba a caballo, se tiró como una fiera, lo agarró por el gaznate y apretando el puño le dio sólo tres, pero como cañonazos. Los xaldos que miraban todos y vieron a Xinto en el suelo por la nariz sangrando, le dijeron: ¡Te cayó bien porque lo estabas buscando!

¡Ya suenan los voladores, las campanas suenan y suenan, la fiesta está comenzando!

La sidra levanta los brazos de los mozos escanciando. Se oyen gaitas y tambores y toda la gente gritando, las mozas con los pandeiros y con sartenes repica que repicando, los mozos y mozas bailan dando vueltas todo el rato. Rosa agarró a Nardo para tenerlo amarrao y que no se confundiera con otra moza bailando.

La fiesta acaba pronto que hay que despachar el ganado. Nardo como que no quiere la cosa, para estar solos un rato, cogió a Rosa y marcharon por un camino buscando, hasta que la cogió en brazos y se metieron en un maizal para intimar un buen rato.

Se movía la panolla y sólo de vez en cuando se oía algún gemido muy suave. Un borrachín mayor que se iba tambaleando vio la escena y dijo rascándose la cabeza mientras se iba marchando: ¡Debe de ser época del celo de los gatos!

A los quince días por San Miguel se casan, en una capilla pequeñita que está en Llaneces junto a la casa de Nardo. Con la disculpa de la boda, la familia de los Gayo se quedaron en casa de los Parrondo, y así en grupo se ayudaban.

Bajaron el ganado pequeño y las vacas, porque era lo que había, volver a transportar la casa desde la braña a la aldea, así podía darles tiempo a hacer la matanza, el chosco y chorizos, el cereal para la rapa, recoger castañas, sacar patatas, ya que hay que llenar el hórreo con todas las viandas. Repararon los tejados, arreglaron gallineros y haciendo la esfoyaza, alegres iban cantando las famosas vaqueiradas y la nieve va cayendo copo a copo y todo tapa.

Aquella navidad en casa de Nardo y Rosa sólo hubo abundancia, comida de todo tipo, chosco, empanadas y queso, pan de centeno y de escanda, rapa y todo tipo de carnes, leche y también cuajada. De postres galletas, casadiellas, frisuelos, miel con manteca y galletinas de nata. En el lagar que tenían, hicieron vino, orujo y también sidra hecho todo

allí en casa.

Nardín nunca fue tan feliz, con Rosa toda la noche en la cama, calentinos disfrutando de su amor sin pensar en nada. La abuelina que los oye pin pan pun, toda la noche hasta de madrugada, dice mirando para arriba:

-¡Ay Dios! esa juventud quien la pillara.

Otra vez llegó la primavera, la nieve ya no estaba, los pajarillos ya cantan y los días son más largos, la neblina escampa y en las brañas hay comida tierna esperando a las vacas. La armentía comienza desde los pueblos del valle hasta las brañas. Otra vez suben cantando con los rebaños de vacas, con toda la casa a cuestras en carros y la familia que hubiera en casa. Por San Miguel de mayo empieza la nueva etapa de fiestas veraniegas, una detrás de otra en los pueblos y en las brañas.

Los primeros días de junio, Rosa por las mañanas se mareaba y algo de vomitera tenía porque estaba embarazada. Era la alegría que todos esperaban.

Nardo de contento parecía que volaba, iba abrazando a todos y anunciando la nueva esperanza, pero la abuelina que había quedado en el pueblo, era la que más contenta estaba, ¡por fin la familia crecía! Las arrugas que tenía se habían marchado de su cara. Rosa cantaba y tocaba el pandeiro y Nardo con las castañuelas bailaba, no había fiesta que no fueran, el verano así pasaba. También andaban a la hierba que había que curarla haciendo cocachos, varas de hierba, balagares para trasportarla y segar rozo para la cama de las vacas. Habían llenado los pajares hasta el techo, las vacas eran lo primero y su comida sagrada.

Había llegado el otoño, la época más esperada. La cosecha fue abundante, habían recogido fabas, nabos, calabazas y patatas, pero lo esperado eran siempre las matanzas, con eso cogían calorías y se llenaba el hórreo para toda la invernada.

Rosa daría a luz en febrero. Andaba ágil y hasta bailaba, estaba guapísima, radiante, la felicidad era el reflejo de su cara. Nardo no paraba de darle besos y decirle lo mucho que la amaba.

-Será niño o será niña, da igual.- decía Nardo.

-Eso solo Dios lo sabe, que venga sano o sana – replicaba la abuela- Ya está el ajuar preparado para que no falte de nada, sabanas, mantas, toallas, para que no pase frio que ya tengo experiencia de muchos partos aquí en casa.

-Si es niño, quiero que se llame como su padre, que sea tan trabajador y que tenga sus ojazos.- contestaba Rosa.

-Si es niña, el nombre tiene que ser como el de su madre, es el nombre de la flor más bonita-afirmó Nardo.

Eso lo dijo mirando cariñosamente a su preciosa mujer y ella se rió haciendo un gesto de estar complacida. No podían estar más orgullosos la una del otro, por estar las dos familias juntas y porque se acercaba el alumbramiento.

Era mediados de febrero y habían cumplido los nueve meses de embarazo de Rosa. Nardo se encontraba algo inquieto, también una novilla estaba cumplida desde hacía algún tiempo. Este mismo día tuvo una pesadilla. Una teta gigante estaba encima de casa y echaba leche y leche sin parar, se colaba por entre las losas del tejado y la casa se inundaba de leche. Toda la familia la recogía sin cesar y llenaron los baldes, cubos, potas y recipientes que tenían en casa, pero seguía lloviendo leche sin parar. De pronto se despierta totalmente mojado en sudor.

-¿Qué pasa?- le pregunta Rosa- Estabas hablando en sueños, decías continuamente, leche, leche. ¡Estás sudando!

-No te preocupes, fue solo una pesadilla. Me voy a levantar un momento a ver la novilla que está próxima al parto, hay que estar pendiente.

Cuando entró a la cuadra la novilla ya había parido sola. Él contento la limpió un poco, la ternerilla ya se quería levantar, pero se caía otra vez, la madre la lamía.

Nardo pensativo se preguntaba si el parto de Rosa sería así de fácil.

De repente la puerta de la cuadra se abrió dando un golpe. La hermana pequeña de Rosa le gritó: -¡Rosa rompió aguas! Salió corriendo nervioso. Al llegar al cuarto todo estaba tranquilo, Rosa sonriente se reía de él y le decía:

- Tranquilo mi amor, esto va a ser como el parto de una vaca, ahora me están empezando las contracciones y luego vendrá el bebé.

Pasó aquella noche y pasó el día, y las mujeres del pueblo que la atendían decían que era un parto seco. Va a ser un poco más doloroso, decían. Empujaban la barriga de arriba hacia el canal a ver si así salía. Se hizo de noche, los perros ladraban, Rosa gemía y todos en casa en silencio preocupados miraban por las ventanas la inmensa nevada que había. Pasaron tres días y la seguían apretando hasta que por fin salió. ¡Es una niña!

Se abrazaban todos y todas y a Nardo le daban la enhorabuena, pero las mujeres que la atendían, de la habitación no salían. Cuando preocupado el padre de la niña entró, vio como si fuera una carnicería, estaba todo lleno de sangre y la abuela lo cogió muy fuerte y le dijo.

-¡Hijo sé fuerte por Dios! Fue un parto muy duro, recemos para que pare la hemorragia.

Nardo corrió a abrazar a su mujer y a su hijita.

Rosa seguía perdiendo mucha sangre, estaba pálida, sin fuerzas estaba abrazando a su amor y a su hijita.

Arriba en los montes la negrura venía, era la fría muerte que con su capa vestía, blandía su guadaña y con la otra mano buscaba y buscaba a ver a qué vaqueiros cogía.

En casa de Nardo no había más sabanas ya ni mantas, ni un triste trapo había, todo teñido de sangre. Era un cuadro ver a Rosa, a un lado su amor llorando y al otro la niña. Que preciosa es, tan espabiladina, miraba a su madre como la reía y ponía pucheros, buscaba lechina. Su madre la besa y la besa, también la acaricia, como queriendo parar el tiempo que ahora las unía.

-Llámala Rosina es tan pequeñina. Mírame mi amor, no te desesperes ya verás esta niña lo feliz que te hace y cómo algún día yo te ayudaré a ser más feliz todavía. Nos encontraremos en ésta o en otra vida.

Volviendo la cara para mirar a la niña, sólo tuvo fuerzas para darle un beso en su

despedida. Después de aquel parto, nada más duró tres días, se le fue la sangre y se le fue la vida.

Vino mucha gente que los conocía, vaqueiros y vaqueiras de toda la vida. En una mano llevan una rama de tejo y en otra un poco de harina, símbolo de acompañamiento a la difunta y a la familia. Nunca sabremos cómo se enteraron ni cómo se arreglaron para caminar con tanta nieve caída. En el cementerio se entierra una Rosa, todos en silencio la despiden arrojando un puñado de harina, la ramina de tejo con mucho cuidado se la ponen encima.

Los recios vaqueiros sabían como nadie ser felices en aquellas altas brañas. Las familias solían ser numerosas y también les tocaba sufrir partos y enfermedades. Todo esto se vivía con resignación y fe dentro de casa. Las condiciones eran duras y algunas veces acababan en desgracia.

Pero aquella niña lloraba y lloraba por hambre que tenía. La abuela mojaba en leche tibia algunos trapinos para que chupara, pero no los quería. Pasó una semana y la niña no bebía la leche porque no tenían mamonas ni parturientas. En aquel momento nada valía. Nardo desesperado porque la niña también se iba, fue a rezarle a la virgen que los protegía.

-Señora, no dejes que se vaya mi niña, es tan pequeñina e inocente, se llama Rosina. No vivió la vida, sólo vio a su madre cómo se moría. Echa de este lugar a la muerte y que gane la vida, dame a mí la fuerza para proteger a mi hija.

La virgen levantó su mano y con una sonrisa, apuntó al ventanuco de aquella ermita.

Él miró para el valle y nada veía, pero con fe ciega ensilló al caballo y fue como un rayo hasta la otra ermita. Cuando llegó allí no sentía nada, pero vio el molino donde conoció a su amor, a su linda Rosa que ya no vivía.

Sentado bajo el árbol donde se vieron la primera vez y mirando el salto del agua que el molino tenía, empezó a llorar de pena y rabia juntas, también por su hijina Rosina.

Nardo desesperado, viendo la corriente del agua pasar, pensó lo rápido que se iba la vida, y en el reflejo del agua vio el rostro de su Rosa querida que algo le decía.

-No llores más mi amor, no llores más mi vida. Quiero que tengas fuerzas y salves a

nuestra pequeñina.

-Si eres tú mi flor, el amor de mi vida, dime como le salvo la vida.

-Vete pronto para casa que la salvación está en la cuadra.

Sin tardar más tiempo montó en el caballo y salió al galope pisando la nieve fría. Corre caballito, vuela cuesta arriba que voy a salvar a mi hija Rosina. Estaba llegando al pueblo y ya se escuchaba llorar a la niña. Entró en casa como un rayo, y cogiendo a la pequeña se fue a la cuadra sin esperar ni a vestirla. Cuando entró a la cuadra allí estaba la vaca con su ternerina. Ésta al ver a la niña la leche le brotaba y sólo salía. El padre al ver esto, debajo de la ubre metió a Rosina, la niña comenzó a mamar y dejó el llanto enseguida. Él lloraba y a la vez reía porque la novilla le salvó la vida.

Bernardo vivió la vida como un vaqueiro ejemplar, viendo crecer a su hija Rosina encontró la felicidad.

Y desde entonces por todas las brañas del mundo vaqueiro hablan de este suceso: A Rosina la de Parrondo la salvó una novilla. Por este motivo la ermita tiene su nombre.

Aquellos que pasan junto aquel molino, dicen ver allí a Bernardo ya anciano, hablando con el río. Piensan que se volvió loco, porque algunas veces baila, porque otras ríe.

Pero ellos no saben que él ve allí a su flor, a la Rosa más linda, por eso desde entonces ya no muele nadie en aquel molino.

Autor: José Núñez Díaz

